

Dios existe

Antony Flew  
con Roy Abraham Varghese

Prólogo a la edición española de Francisco José Soler Gil  
Traducción de Francisco José Contreras

E D I T O R I A L T R O T T A

**COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS**  
**Serie Religión**

Primera edición: 2012  
Primera reimpresión: 2013  
Segunda edición: 2024

Título original: There is a God.  
How the world's most notorious atheist  
changed his mind

© Editorial Trotta, S.A., 2012, 2013, 2024  
Ferraz, 55. 28008 Madrid  
Teléfono: 91 543 03 61  
Fax: 91 543 14 88  
E-mail: editorial@trotta.es  
<http://www.trotta.es>

© 2007 by Antony Flew

Publicado mediante acuerdo con HarperOne  
un sello de HarperCollins Publishers

© Roy Abraham Varghese, para el Prefacio y el Apéndice A, 2007

© N. T. Wright, para el Apéndice B, 2007

© Francisco José Soler Gil, para el prólogo a la edición española, 2012

© Francisco José Contreras Peláez, para la traducción, 2012

ISBN: 978-84-9879-368-0  
Depósito Legal: M-14.681-2013

Impresión  
Ulzama Digital

## CONTENIDO

Prólogo a la edición española: <i>Francisco José Soler Gil</i> .....	9
Prefacio: <i>Roy Abraham Varghese</i> .....	23
Introducción.....	35

### I. MI NEGACIÓN DE LO DIVINO

1. La creación de un ateo .....	41
2. Donde lleve la evidencia .....	53
3. El ateísmo detenidamente considerado.....	73

### II. MI DESCUBRIMIENTO DE LO DIVINO

4. Una peregrinación de la razón.....	85
5. ¿Quién escribió las leyes de la naturaleza?.....	91
6. ¿Sabía el universo que nosotros veníamos?.....	103
7. ¿Cómo llegó a existir la vida? .....	109
8. ¿Salió algo de la nada? .....	117
9. Buscando un lugar para Dios.....	125
10. Abierto a la omnipotencia.....	131

<i>Apéndices</i> .....	135
------------------------	-----

Apéndice A: El «nuevo ateísmo»: Una aproximación crítica a Dawkins, Dennett, Wolpert, Harris y Stenger: <i>Roy Abraham Varghese</i> .....	137
---	-----

Apéndice B: La autorrevelación de Dios en la historia humana: Un diálogo sobre Jesús con N. T. Wright: <i>Antony Flew</i> y <i>N. T. Wright</i> ....	151
--	-----

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

*Francisco José Soler Gil*

Lectores hay de todas clases, pero pocos conozco que acostumbren a adentrarse en un libro por el prólogo, la introducción o el estudio preliminar, si no han sido escritos por el propio autor de la obra.

A aquellos, sin embargo, que tomen en sus manos este libro y se encuentren ante la primera página, dudosos de si emprender o no su lectura, me gustaría convencerles en lo que sigue de que esta obra vale su peso en oro. Y de que pocas veces habrán invertido mejor su tiempo que dedicando las horas, no muchas, de atención que requiere.

Es muy posible que el lector se haya acercado al texto atraído por la fama del «caso Flew»: el filósofo que, después de medio siglo proponiendo y desarrollando los argumentos más robustos de nuestro tiempo en favor del ateísmo, llegó al convencimiento de que estaba equivocado y de que la naturaleza presenta indicios más que suficientes para sostener racionalmente la existencia de Dios. La «conversión» de Flew al deísmo filosófico es, desde luego, el tema principal del libro. De manera que el que busque conocer los detalles del asunto verá aquí satisfecha su curiosidad.

Pero, más allá de los vaivenes particulares de la biografía intelectual de Flew, y más allá incluso de los razonamientos concretos que movieron al filósofo a aceptar que hay una Inteligencia fundante del cosmos, esta obra proporcionará al lector un testimonio valiosísimo de confianza en la razón; de confianza en que los argumentos racionales bien pergeñados constituyen nuestro mejor camino de acceso a la realidad.

Estamos, por tanto, ante un libro que incita a seguir los argumentos hasta donde ellos nos lleven, a tomarlos en serio, y a construirlos con la mayor honradez y el mayor rigor de que uno sea capaz. Este punto es muy importante, tanto para entender a Flew como para aprovechar al

máximo la enseñanza que supone su aventura intelectual. Por eso, permítame el lector que comience ilustrando la importancia extrema que Flew concedía a la honradez de los argumentos, con ayuda de un texto escrito por él pocos meses después de la aparición de este libro. Se trata de una recensión de *El espejismo de Dios*, de Richard Dawkins.

*Flew contra Dawkins, o la búsqueda de la verdad frente al fanatismo*

Cuando en el año 2006 Richard Dawkins publicó *El espejismo de Dios* (la última, por el momento, de sus diatribas contra el teísmo), Antony Flew no consideró urgente escribir una reseña crítica de este *best seller*. Pero dos años después, y a raíz de la polémica que siguió a la aparición del presente libro, se decidió a hacerlo. Desde luego, era conveniente que Flew interviniera, porque Dawkins había asumido en su texto el rumor (muy difundido en el mundillo de los blogueros ateos) de que el anciano filósofo estaba siendo manipulado por una caterva de propagandistas del cristianismo, aprovechando el declive de sus facultades mentales. Y esta no era una acusación que Flew estuviera dispuesto a pasar por alto. Refiriéndose a ella, la réplica del filósofo fue contundente:

En la página 82 de *El espejismo de Dios* hay una nota que merece ser remarcada. Dice lo siguiente: «Podríamos estar viendo algo similar en la actualidad en la tergiversación más que publicitada del filósofo Antony Flew, quien ha anunciado en su vejez que se habría convertido a la creencia en algún tipo de deidad (provocando un frenesí de repetición ansiosa por todo Internet)». Lo importante de este pasaje no es lo que Dawkins está diciendo acerca de Flew, sino lo que está mostrando aquí acerca del propio Dawkins. Pues si él hubiera tenido algún interés en la verdad de un asunto que al parecer tanto le importaba, seguramente esto le habría movido a escribirme una carta preguntándome. (Al recibir un torrente de preguntas, después de que un informe sobre mi conversión al deísmo fuera publicado en la revista trimestral del Royal Institute of Philosophy, me las arreglé —creo— para responder finalmente a cada carta).

Todo este asunto deja muy claro que Dawkins no está interesado en la verdad como tal, sino que lo que anda buscando es desacreditar a un adversario ideológico por cualquier medio disponible. Esto ya de por sí constituiría un motivo suficiente para sospechar que toda la empresa de *El espejismo de Dios* no era, como pretendía ser, un intento de descubrir y difundir el conocimiento de la existencia

o inexistencia de Dios, sino más bien un empeño —extremadamente exitoso— de difundir las propias convicciones del autor en este campo<sup>1</sup>.

Por supuesto, las palabras anteriores traslucen la amargura de Antony Flew, en los meses que siguieron a la publicación de su última obra, por la reacción de sus antiguos compañeros en el bando del ateísmo militante. Los cuales, en lugar de entrar en un diálogo serio y sereno con los argumentos expuestos en ella, se dedicaron a difundir rumores sobre la senilidad del autor, su incapacidad mental, su demencia, la manipulación de que estaría siendo objeto, la falsedad de la autoría de la obra por parte de Flew, etc. Rumores que obligaron a este a tener que intervenir una y otra vez —de palabra y por escrito— para reafirmar su independencia, su autoría intelectual del texto publicado y su derecho a cambiar de opinión sin ser tenido por un anciano irresponsable.

Pero, haciendo abstracción de estas penosas circunstancias, lo que me importa subrayar aquí es la preocupación de Flew por el peligro de que, en un discurso que se supone filosófico, el interés por la búsqueda de la verdad sea sustituido por el intento de difundir los prejuicios del autor.

Y ¿cómo se descubre el discurso que ha pasado de lo primero a lo segundo? El propio filósofo nos ofrece una valiosa clave en su reseña de Dawkins:

El fallo de Dawkins como académico (algo que todavía era durante el periodo en el que compuso este libro, aunque después ha anunciado su intención de retirarse) ha sido su negativa escandalosa y aparentemente deliberada a presentar en su forma *más fuerte* la doctrina que él parece pensar que ha refutado. [...]

Sin embargo, un académico que ataca una posición ideológica que él (o ella) cree que debe estar equivocada tiene, por supuesto, que atacar esta posición en su forma más fuerte. Esto *no* lo hace Dawkins [...] y su fallo es el indicador decisivo de su falta de un sincero propósito académico y, por lo tanto, me da título para acusarlo de haberse convertido en algo que él probablemente consideraría imposible: un fanático laicista<sup>2</sup>.

1. En <http://www.bethinking.org/science-christianity/intermediate/flew-speaks-out-professor-antony-flew-reviews-the-god-delusion.htm>.

2. *Ibid.*

Dejemos en este punto la crítica de Flew a Dawkins. (En el prefacio de Varghese que sigue a estas líneas encontrará el lector detalles adicionales sobre la respuesta de Dawkins al abandono del ateísmo por parte de Flew; y el texto completo de la recensión que he estado citando se encuentra disponible en Internet). Y sigamos en su lugar la pista que el filósofo nos ofrece en ella acerca del modo correcto de conducir un debate académico en busca de la verdad. Preguntémosnos, pues, ¿cómo era la forma de argumentar de Flew? ¿Qué rasgos formales caracterizan su discurso, más allá del cambio en los contenidos a lo largo de los años?

### *El estilo académico de los textos de Flew*

Para qué vamos a decir otra cosa: La controversia entre los autores teístas y ateos ha sido, desde el siglo XIX para acá, más bien agria. Y el tono, con frecuencia, bastante bronco. En el apartado anterior he hecho referencia a Dawkins y al corrillo de blogueros ateos que motivaron la queja de Flew acerca de los que buscan «desacreditar a un adversario ideológico por cualquier medio disponible». Pero el vicio viene de antiguo. Cuando escribo estas líneas, no puedo dejar de recordar las palabras de nuestro Miguel de Unamuno, escritas hace justamente un siglo, en *El sentimiento trágico de la vida*, y en las que se refería al «odio antiteológico» de los científicos ateos de su época:

El odio antiteológico, la rabia científica —no digo científica— [...] es evidente. Tomad, no a los más serenos investigadores científicos, los que saben dudar, sino a los fanáticos del racionalismo, y ved con qué grosera brutalidad hablan de la fe. A Vogt le parecería probable que los apóstoles ofreciesen en la estructura del cráneo marcados caracteres simianos; de las groserías de Haeckel, este supremo incompresivo, no hay que hablar; tampoco de las de Büchner; Virchow mismo no se ve libre de ellas. Y otros lo hacen más sutilmente<sup>3</sup>.

Estando así las cosas, el estudioso que se demora en la lectura y el análisis de los libros ateos de Flew no puede por menos que experimentar un sentimiento de respeto por la actitud intelectual de este filósofo. Y es que en sus obras no encontramos descalificaciones globales, ni caricaturas groseras del teísmo, sino argumentos, expuestos en

3. Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa-Calpe, Madrid, 12011, pp. 98-99.

detalle, con serenidad, y con un auténtico espíritu inquisitivo. Esta actitud y este estilo de pensamiento los encontraremos luego también, por ejemplo, en las obras en las que el filósofo Richard Swinburne recoge el guante de Flew, y desarrolla una poderosa argumentación en favor de la coherencia del teísmo. Estudiando la interacción entre Flew y Swinburne en torno a la idea y la existencia de Dios, uno se da cuenta, no sin cierta melancolía, de cuán diferente habría podido ser el debate público entre ateos y teístas si la actitud académica de estos autores hubiera predominado sobre los posicionamientos viscerales de otros. Pero, en todo caso, conviene subrayar, por justicia, que el primer paso en este estudio serio y detallado de la cuestión de Dios en la filosofía anglosajona contemporánea lo dio Flew.

Recorriendo sus obras principales, encontraremos una serie de constantes, en cuanto al modo de abordar los temas, que nos permiten hablar de un «estilo Flew»; aunque no sea exclusivamente suyo, sino, más bien, un código de conducta argumentativa que debería darse por supuesto entre los filósofos. Debería, digo.

De la primera de estas constantes ya hemos hablado en el apartado anterior. Se trata de la norma de presentar los argumentos del adversario del modo más fuerte posible, antes de emprender una refutación. Hasta qué punto consideraba Flew crucial esta norma, se muestra, por ejemplo, con solo leer los primeros párrafos de su obra *Dios: una investigación crítica*:

Este libro es, en primer lugar, un intento de presentar y examinar las razones más fuertes posibles en favor de la creencia en Dios. [...] Constituye, por supuesto, una cuestión de integridad y sincero propósito intelectual el intentar presentar todos los argumentos con la mayor fortaleza posible. Porque, si realmente deseamos conocer la verdad, entonces debemos considerar las posiciones opuestas en su máxima fortaleza. Esta es la razón por la que, en nuestros tribunales, contamos con abogados rivales haciendo cada uno de ellos lo mejor que puede en favor de la acusación y la defensa, respectivamente. [...]

Si algunos censores o lectores tienen aún la sensación de que los argumentos examinados aquí no representan con toda su fuerza las razones en favor del teísmo cristiano, y estoy seguro de que muchos lo verán así, entonces espero que se pregunten dónde se puede encontrar el razonamiento mejor, entre lo publicado hasta ahora. Quizás, habiéndose planteado esta cuestión, y quedándose insatisfechos con la respuesta, alguno de ellos aceptará ahora, finalmente,



mi desafío de desarrollar una apologética sistemática y progresiva empezando desde el mismo comienzo<sup>4</sup>.

En los capítulos segundo y tercero del presente libro, el propio Flew mencionará a algunos de los principales autores que aceptaron este desafío.

Otro rasgo característico del estilo de Flew es su preocupación por definir bien los términos de los que se va a tratar. Si se quiere desarrollar un argumento en favor de la existencia de Dios, el teísta tiene, en primer lugar, que explicar bien qué entiende por Dios. O, por poner otro ejemplo, cuando, en su obra *La presunción de ateísmo*, Flew introduzca el concepto de «ateísmo negativo», su primera tarea será la de mostrar en qué se diferencia este concepto de las nociones de ateísmo y agnosticismo al uso. Y por qué es necesario introducir un nuevo concepto.

Un rasgo más, y muy importante, del estilo académico de Flew es su preocupación por encontrar un procedimiento adecuado para el desarrollo de las controversias. Se tratará de justificar, por ejemplo, quién tiene la carga de la prueba en un debate, y por qué y bajo qué circunstancias podría invertirse dicha carga. La noción de «carga de la prueba» proviene del pensamiento jurídico. Y si volvemos a repasar la cita anterior de Flew, comprobaremos que este autor hace referencia al papel de los abogados en un juicio. Semejante reiteración de las analogías de la discusión filosófica con las reglas procedimentales en el ámbito del Derecho no es ninguna casualidad. Para Flew, los procedimientos que se siguen en los tribunales de justicia nos muestran el método que tenemos que seguir también en los debates filosóficos, si estamos interesados en averiguar la auténtica solidez de las distintas posiciones<sup>5</sup>.

Finalmente, una característica muy notable en los escritos de Flew es la ausencia de cualquier sospecha de ocultas intenciones bajo los argumentos que analiza. En vano buscaremos, en los debates de Flew acerca de Dios, que se interprete un razonamiento como mera cortina de humo ideológica, o como racionalización *a posteriori* bajo la que se ocultarían cualesquiera auténticos intereses de los que en él se apoyan.

4. Antony Flew, *God: A Critical Enquiry*, Open Court, La Salle, Ill., 1984, pp. ix-xi.

5. Como un ejemplo más de la influencia de las reglas procedimentales de los tribunales en el pensamiento de Flew, tal vez sea interesante mencionar que, en sus exposiciones del argumento de la «presunción de ateísmo», este filósofo defenderá la tesis de que existe una clara analogía entre la «presunción de ateísmo» y la «presunción de inocencia» del acusado en un juicio. Ver, por ejemplo, Antony Flew, *The Presumption of Atheism*, Elek-Pemberton, Londres, 1976, pp. 16-20.

No. No se pueden descalificar de entrada los argumentos con referencia a factores externos a ellos. Antes bien, hay que dejarlos desplegarse con toda su fuerza para ver lo que son capaces de dar de sí. Si las definiciones de las que parten son correctas, y si en el desarrollo lógico de los mismos no se deslizan falacias, entonces no habrá en el mundo ningún interés oculto que pueda desacreditarlos.

Este planteamiento de Flew es muy poco frecuente en la filosofía atea desde el siglo XIX para acá. Y ello tal vez podría ofrecernos una clave para entender el desenlace de su aventura intelectual. Pero antes de ocuparnos de este asunto, conviene, por mor de la completitud, decir algunas palabras acerca de la ruta que, guiado por estos principios formales y metodológicos, siguió el pensamiento de Flew acerca de Dios.

### *La aproximación racional a Dios de Antony Flew*

En realidad, las ideas que correspondería esbozar en este apartado son justamente las que el autor pretende explicarnos a lo largo y ancho del presente libro. Por lo que el lector me excusará (o incluso me agradecerá) que pase con toda rapidez por el tema.

Baste en este momento con apuntar que Flew, haciendo uso de los criterios procedimentales mencionados en los párrafos anteriores, llegó a considerar, primero<sup>6</sup>, que era el teísta el que debía demostrar la existencia de Dios, y no el ateo su inexistencia. Porque el que afirma algo es el que debe demostrarlo. Y segundo, que, si el teísta pretendía demostrar la existencia de Dios, tendría que empezar precisando un concepto de Dios, con atributos bien definidos y que no dieran lugar a proposiciones contradictorias. Y después, tendría que argumentar que hay una serie de datos de nuestra experiencia que requieren ese Dios como explicación, y cuáles son, y por qué. Mientras el teísta no hiciera todo esto, la posición más natural, según Flew, sería la de quedarse en la postura del «ateísmo negativo»: es decir, en la negación de la existencia de Dios, a falta de un concepto claro y coherente del mismo y de un conjunto de razones suficientes para aceptarlo.

6. No estoy resumiendo aquí la argumentación de Flew en favor del «ateísmo negativo» siguiendo un orden cronológico, sino lógico. Se trata del orden que el propio Flew empleó en algunas de sus últimas exposiciones, más maduras, de su pensamiento ateo (por ejemplo, en su debate sobre la existencia de Dios con Terry Miethe), antes de abandonar definitivamente este planteamiento filosófico. En cambio, en los capítulos que siguen, Flew expondrá esta temática siguiendo el orden cronológico, algo que parece más natural dado el tono autobiográfico del presente libro.